

cosas existiesen, pudo no comunicarlas el ser y por consiguiente no crearlas; igualmente *después de haberlas hecho, puede no influir en su ser; y con solo esto dejarían de existir, lo cual es reducirlas á la nada.*

Al argumento 1.º dirémos, que el no ser no tiene causa *per se*: porque nada puede ser causa, sino en cuanto es ente; y ente, absolutamente hablando, es la causa del ser. Así pues Dios no puede ser la causa de la tendencia á no ser, sino que esto es propio de la criatura en sí misma, en cuanto proviene de la nada (1); pero *per accidens* puede Dios ser causa de que las cosas se reduzcan á la nada, retirando de ellas su acción.

Al 2.º que la bondad de Dios es causa de las cosas, no como por necesidad de naturaleza, pues la bondad divina no depende de las cosas creadas, sino por libre voluntad. Por consiguiente, así como pudo sin perjuicio de su bondad no dar el ser á las cosas, asimismo puede sin detrimento de ella no conservarlas en la existencia.

Al 3.º que, si Dios redujese alguna cosa á la nada, esto no sería por acción alguna, bastando solo que dejase de obrar.

ARTÍCULO IV. — *Es reducido algun ser á la nada?* (2)

1.º Parece que algun ser es reducido á la nada: porque el fin corresponde al principio; y desde el principio nada existía, sino Dios. Luego las cosas llegarán á un fin, en el cual nada exista sino Dios: y así las criaturas serán reducidas á la nada.

2.º Toda criatura tiene potencia finita. Pero ninguna potencia finita se estiende á lo infinito; según lo cual se prueba (Phys. l. 8, t. 78) que «la potencia finita no puede mover por tiempo infinito». Luego ninguna criatura puede durar un tiempo infinito, y por consiguiente alguna vez será reducida á la nada.

3.º Las formas y los accidentes no tienen materia como parte de ellos, y sin embargo dejan de ser alguna vez. Luego son reducidos á la nada.

(1) V. pág. 528, n. 1.

(2) Aunque puede Dios aniquilar todos y cada uno de los seres por él creados, según se acaba de demostrar (a. 3); no se infiere de aquí que haya de hacerlo, pues consta por el

Por el contrario, se lee (Eccli. 3, 14), *aprendí que todas las obras, que hizo Dios, perseverarán perpétuamente.*

Conclusion. *Debe afirmarse rotundamente y en absoluto que ningún ser es reducido á la nada, ni según el orden natural, ni por milagro en ostension de la gracia.*

Responderémos, que entre las operaciones de Dios sobre la criatura unas se verifican según el curso natural de las cosas, y otras las ejecuta milagrosamente fuera del orden natural impuesto á las criaturas, según se dirá después (C. 105, a. 6). Ahora bien: lo que Dios ha de hacer según el orden natural establecido en las cosas, puede apreciarse por sus mismas naturalezas; pero las que se verifican milagrosamente se ordenan á la manifestación de la gracia, según lo que dice el Apóstol (I Cor. 12, 7): *á cada uno es dada la manifestación del Espíritu para provecho*; y entre los dones, que enumera á continuación, cuenta el de hacer milagros. Las naturalezas de las criaturas demuestran que ninguna de ellas es reducida á la nada: porque ó son inmateriales, y en las tales no hay potencia para no existir; ó son materiales, y estas subsisten siempre, por lo ménos en cuanto á la materia, que es incorruptible como sujeto existente de la generación y corrupción. Tampoco pertenece á la manifestación de la gracia reducir algo á la nada, porque así más se muestra la omnipotencia y bondad de Dios en la conservación de las cosas en su ser. Luego *debemos decir en absoluto que ninguna cosa se reduce á la nada.*

Al argumento 1.º dirémos, que el haber sido producidas las cosas á la existencia, después de no haberla tenido, revela el poder del productor: pero, si fueran reducidas á la nada, este hecho impediría la manifestación del poder divino, pues este se ostenta con mayor esplendor en la conservación de las cosas, como dice San Pablo (Hebr. 1 y 3), *sustentándolo todo con la palabra de su virtud.*

Al 2.º que la potencia de la criatura respecto á ser es únicamente receptiva;

contrario que conserva y conservará cuanto creó, si bien transformándose accidentalmente los individuos, salva la sustancia y los elementos esenciales de todas las cosas. Tal es la doctrina contenida en este artículo.

pero la potencia activa compete al mismo Dios, de quien procede la infusión del ser. Por consiguiente la duración infinita de los seres es una consecuencia de la infinita virtud divina. Sin embargo hay cosas, cuya virtud de subsistir está limitada á determinado tiempo, por cuanto pueden ser impedidas por algun agente contrario de recibir la influencia del ser, que proviene de aquel, á quien no puede resistir una virtud finita por tiempo infinito, sino solo por tiempo determinado (1). Por lo tanto las cosas que no

tienen contrario, aunque tengan virtud finita, duran eternamente.

Al 3.º que las formas y los accidentes no son entes completos; pues no subsisten, sino que cada uno de ellos es algo del ente, puesto que se dice ente, porque por él existe algo: y sin embargo, tales como son, no son completamente reducidos á la nada, no porque subsista alguna parte de ellos, sino por cuanto permanecen (2) en potencia de la materia ó del sujeto.

CUESTION CV.

De la mutación de las criaturas por Dios (3).

Considerarémos ahora el segundo efecto del gobierno divino, que es la mutación de las criaturas; primeramente por parte de Dios, y en segundo lugar de una criatura por otra.

A lo primero destinamos ocho artículos: 1.º Puede Dios inmediatamente mover la materia á la forma?—2.º Puede inmediatamente mover algun cuerpo?—3.º Puede mover el entendimiento?—4.º Y la voluntad?—5.º Obra Dios en todo agente?—6.º Puede hacer algo fuera del orden impuesto á las cosas?—7.º Todas las cosas que Dios hace de este modo son milagros?—8.º Diversidad de los milagros.

ARTÍCULO I. — *Puede Dios mover inmediatamente la materia á la forma?* (4)

1.º Parece que Dios no puede mover inmediatamente la materia á la forma; porque, como lo prueba Aristóteles (Met. l. 7, t. 28), nada puede dar forma á determinada materia, sino la forma que está

(1) Observa aquí muy oportunamente el C. Cayetano que no se entienda que el ser las cosas eternas *á posteriori* ó el no haber de cesar de ser proviene ó es debido precisamente á que tengan ó no contrarios; sino que esto es efecto de la manifestación hecha por Dios de ser tal su voluntad: es decir, que por ser de tal naturaleza y exentas de contrariedad las inteligencias y las sustancias de los cuerpos celestes, son conservadas por Dios; en tanto que los demás seres inferiores ó corpóreos no son de suyo ó por su naturaleza conservables ó permanentes, y sin embargo son conservados ó preservados del aniquilamiento por el influjo divino constante sobre ellos, y que invalida ó frustra toda tendencia contraria ó impeditiva de su conservación, como finita é impotente para impedir de hecho la acción infinita de la divina virtud conservadora.

(2) En algunas ediciones (como la áurea) se lee *remanet* «permanece»: las más *remanet*.

(3) Sentados en las dos cuestiones anteriores sobre las sólidas bases de la razón y de la fe el gobierno divino y sus efectos, espónese en la presente el modo de ejercer Dios ese gobierno y producir tales efectos; detallando en particular el segundo de ellos, ó sea, la mutación ó insubsistencia acci-

en ella, dado que lo semejante hace lo semejante á sí mismo. Pero Dios no es forma en la materia. Luego no puede causar forma en la materia.

2.º Si algun agente se refiere á muchas cosas, ninguna de ellas producirá, á no ser determinado á una por algun otro; pues se dice (De an. l. 3, t. 58): «la opi-

dental de la naturaleza creada, como complemento y aclaración del primero, que es la conservación sustancial de la misma; que, aunque de suyo aniquilable por la misma virtud su creadora, no es ni será reducida á la nada según lo espuesto en los dos últimos artículos de la anterior C. 104.

(4) Hacer por sí mismo y sin la intervención de agente alguno secundario ó intermedio y creado que la materia reciba determinada forma, por la cual se constituya en acto, viniendo á ser así un compuesto de materia y forma, ó individualizando esta á aquella. Una vez fijados así los términos y el sentido de la cuestión, se la ve desde luego recaer principalmente sobre la materia prima y su información ó producción á la existencia por la acción inmediata del mismo Dios, punto ya resuelto con toda claridad (C. 65, a. 1 y 4) en cuanto al hecho; y de consiguiente *á fortiori* respecto de la potencia, según el tan sabido axioma filosófico *ab actu ad posse consequitio valet*, cualquiera que sea la materia aquí aludida. Véanse las notas 4, pág. 230; 1, pág. 232; 3, pág. 235; y 1, pág. 236: como también las aclaratorias de los epígrafes en la C. 91, a. 2; y 92, a. 4. También interesan no poco á este asunto las notas 2 y 3, pág. 375; y 1, pág. 377.

»nion universal no mueve, sino mediante »alguna particular aprension». Pero la virtud divina es la causa universal de todo. Luego no puede producir alguna forma particular, sino mediante algun agente particular.

3.º Así como el ser comun depende de la primera causa universal, igualmente el ser determinado depende de determinadas causas particulares segun lo espuesto (C. 45, a. 5) (1). Pero el ser determinado de alguna cosa lo es por su propia forma. Luego las formas propias de las cosas no son producidas por Dios, sino mediando causas particulares.

Por el contrario, se dice (Gen. 2, 7): *Formó Dios al hombre del barro de la tierra.*

Conclusion. Dios puede mover inmediatamente la materia á la forma.

Responderémos, que Dios puede mover inmediatamente la materia á la forma; porque el ente en potencia pasiva puede ser reducido al acto por la potencia activa, que la contiene bajo su poder. Estando pues sometida la materia al poder divino, como producida por Dios, puede ser reducida al acto por la potencia divina; y esto es ser movida la materia á la forma, porque esta no es otra cosa que el acto de la materia (2).

Al argumento 1.º dirémos, que un efecto puede asemejarse á la causa agente de dos maneras: 1.ª segun la misma especie, como el hombre es engendrado por el hombre y el fuego por el fuego; 2.ª segun su capacidad virtual, es decir, como la forma del efecto se contiene virtualmente en su causa: así los animales engendrados de la putrefaccion (3), las plantas, y los cuerpos minerales se asimilan al sol y á las estrellas, por cuya virtud son engendrados. Así tambien el efecto

(1) V. nota 1, pág. 357.

(2) Véase la C. 66, a. 1, y su nota 2, pág. 530; y n. 2, pág. 537. La materia en acto sin forma alguna es una utópica paradoja ó un verdadero contrasentido, como hoy dicen; pues ni aun es definible, sin relacionarla con una ó otra forma, siquiera esta sea (digámoslo así) provisional ó como dispositiva á su forma determinada, individuante, definitiva. Tal es la opinion unánime y hoy ya incontrovertible de la escuela tomista y aun de todas, á escepcion de algunos poco numerosos y (decir pudiéramos) escéntricos escotistas, que sostienen la singular ultra-teórica hipótesis de no ser absolutamente imposible la existencia en acto de la materia sin forma, como si dijieran el caos regularizado ó formalizado, el caos no caos. V. nota 2, pág. 609.

(3) Véase la nota 3 en la pág. 561.

de la causa se asemeja á la causa agente segun todo aquello, á que se extiende la virtud del agente. Mas la virtud de Dios se extiende á la forma y á la materia, como se ha dicho (C. 44, a. 1 y 2). Por consiguiente el ser compuesto, que es engendrado, se asemeja á Dios segun la capacidad virtual (4), así como se asemeja bajo el concepto de la especie al ser compuesto que le engendra. Por lo tanto, como el compuesto generador puede mover la materia á la forma, engendrando un compuesto semejante á él, así tambien Dios: mas no alguna otra forma, no existente en la materia; porque esta no está contenida en la virtud de otra sustancia separada. Así los demonios y los ángeles obran sobre estas cosas visibles, no imprimiendo en ellas formas, sino empleando gérmenes corporales (5).

Al 2.º que aquella razon tendría alguna fuerza, si Dios obrase por necesidad de su naturaleza. Pero, como obra por su voluntad y entendimiento, que conoce, no solamente las razones universales, sino tambien las propias de todas las formas; síguese que puede imprimir en la materia esta ó aquella forma determinada.

Al 3.º que eso mismo de ordenarse las causas segundas á determinados efectos les proviene de Dios; por lo cual Dios, que ordena otras causas á efectos determinados (6), puede tambien producir determinados efectos por sí mismo sin intervencion estraña.

ARTÍCULO II. — Puede Dios mover inmediatamente algun cuerpo? (7)

1.º Parece que Dios no puede mover inmediatamente cuerpo alguno; porque, debiendo estar juntos el motor y lo movido (Phys. 1. 7, t. 9), tiene que haber

(4) En cuanto virtual y eminentemente se contiene en Dios como en su causa, segun se colige de lo que precede; y no formalmente y en acto, como están en él los atributos, de que tomamos sus denominaciones, el Omnipotente, el Sumo Bien, etc.

(5) Ó (en el lenguaje técnico teológico) aplicando los elementos activos á los pasivos.

(6) Ya los produzcan por necesidad, como las causas materiales; ya contingente ó aun voluntariamente, como las racionales ó libres.

(7) Si quien puede lo más, puede mejor lo menos; claro es que, pudiendo Dios mover inmediatamente la materia á recibir su forma, segun se ha demostrado (a. 1), con más razon podrá mover por sí mismo los cuerpos, cuya operacion exige menor potencia.

entre ellos cierto contacto. Pero no puede haberle entre Dios y cuerpo alguno (1); pues dice San Dionisio (De div. nom. c. 1, t. 3) que «no hay tacto alguno de »Dios». Luego Dios no puede mover inmediatamente cuerpo alguno.

2.º Dios es motor no movido, y tal es tambien lo apetecible aprendido: así pues mueve como á lo deseado y percibido. Pero solo percibe el entendimiento, que no es cuerpo ni virtud corpórea. Luego Dios no puede mover cuerpo alguno inmediatamente.

3.º Aristóteles prueba (Phys. 1. 8, t. 79) que «la potencia infinita mueve instantáneamente» (2). Pero es imposible que un cuerpo sea movido instantáneamente; porque, como todo movimiento se verifica entre dos términos (3) opuestos, se seguiría que dos contrarios estarían unidos en lo mismo simultáneamente (4): lo cual es imposible. Luego el cuerpo no puede ser movido inmediatamente por una potencia infinita; y la de Dios lo es segun lo demostrado (C. 2, a. 2). Luego Dios no puede mover inmediatamente cuerpo alguno.

Por el contrario: Dios hizo inmediatamente las obras de los seis dias, entre las cuales se contiene el movimiento de los cuerpos, como refiere el Génesis (1, 9): *Reúnanse las aguas... en un lugar.* Luego Dios puede mover inmediatamente un cuerpo.

Conclusion. Siendo erróneo [1] decir que Dios no puede realizar por sí mismo todos cuantos efectos determinados se producen por cualesquiera causas creadas; es de todo punto indudable [2] que Dios puede mover inmediatamente cualquier cuerpo, y del modo y en la direccion que le plazca.

Responderémos, que es erróneo decir que Dios no pueda producir por sí mismo todos los efectos determinados, que se producen por cualquiera causa creada (5). Por consiguiente, como los cuerpos son movidos inmediatamente por causas creadas, nadie debe dudar que Dios puede mover inmediatamente cualquier

(1) Véase la pág. 54, nota 2.

(2) Sin tiempo, segun esplica luego resumiendo.

(3) Los del principio y del fin del movimiento, á quo y ad quem.

(4) Ó que serían idénticos á la vez que opuestos, lo que implica contradiccion.

cuerpo; lo cual es por cierto una consecuencia de lo ya dicho (a. 1): porque todo movimiento de un cuerpo cualquiera ó sigue á alguna forma, como el movimiento local de los cuerpos graves y ligeros proviene de la forma dada por el que los produce, en cuyo concepto se dice motor; ó conduce á alguna forma, como la calefaccion es vía á la forma de fuego. Al mismo compete imprimir la forma y predisponer á ella y dar el movimiento consiguiente á la misma: así el fuego no solo engendra otro fuego, sino que tambien calienta, y muévase hacia arriba. Así pues como Dios puede imprimir inmediatamente forma á la materia (6); es consiguiente que puede mover cualquier cuerpo con cualquiera clase de movimiento.

Al argumento 1.º dirémos, que hay dos clases de tacto: el corporal, por el cual dos cuerpos se tocan; y el virtual, como se dice que dos seres se comunican su tristeza. Segun el primer concepto del contacto Dios, que es incorpóreo, no toca ni es tocado; pero segun el virtual toca en cierto modo, moviendo á las criaturas, mas no es tocado; porque ninguna criatura por su virtud natural puede llegar hasta él. De este modo entendió San Dionisio que «no hay tacto de Dios», en cuanto á no ser él tocado.

Al 2.º que Dios mueve como á lo deseado y entendido. Mas no es necesario que siempre mueva á lo deseado y entendido por aquello que es movido, sino como á lo deseado y movido por sí mismo; porque todo lo hace y ejecuta á causa de su bondad.

Al 3.º que el Filósofo (Phys. 1. 8, t. 78) intenta probar que la virtud del primer motor no es virtud en cantidad, por este razonamiento. La virtud del primer motor es virtud infinita, lo cual prueba diciendo que puede mover en tiempo infinito. Pero, si la virtud infinita estuviese en alguna magnitud, movería sin tiempo (*in non tempore*): lo cual es imposible. Luego necesariamente la virtud infinita del primer motor existe no en magnitud.

(5) Entiéndase como causa eficiente y en cuanto á la sustancia del efecto; y no respecto de cualquier modo ó accidente, como ni de los efectos de una causa material ó formal.

(6) Hé aquí el argumento á fortiori apuntado en la nota 7, página 828, y presentado como un corolario natural de la tesis del a. precedente.

De donde se deduce que ser movido un cuerpo sin tiempo no se verifica sino por una virtud infinita en magnitud. La razón consiste en que toda virtud existente en magnitud mueve según toda ella misma, puesto que mueve por necesidad de su naturaleza. Mas la potencia infinita escede sin proporción alguna á cualquiera potencia finita; y, cuanto mayor es la potencia del motor, tanto es mayor la rapidez del movimiento. Así pues, como la potencia finita mueve en tiempo determinado, síguese que la potencia infinita no mueve en tiempo alguno, porque de cualquier tiempo á otro hay alguna proporción; pero la virtud, que no está en magnitud, es virtud de algún ser inteligente, que obra sobre efectos de la manera que les conviene. Por lo tanto, como no puede convenir al cuerpo ser movido sin tiempo, no se sigue que (1) mueva sin tiempo.

ARTÍCULO III. — **Mueve Dios inmediatamente el entendimiento creado?** (2)

1.º Parece que Dios no mueve inmediatamente el entendimiento creado: porque el acto del entendimiento emana de aquel, en quien existe; pues no pasa á una materia exterior, como dice Aristóteles (Met. I. 9, t. 16). Mas la acción del que es movido por otro no proviene de aquel, en quien se halla, sino del que la mueve. Luego el entendimiento no es movido por otro, y por lo tanto parece que Dios no puede mover el entendimiento.

2.º Todo lo que posee en sí el principio suficiente del movimiento, no es movido por otro. Pero el movimiento del entendimiento es su propio entender, como se dice que el entender ó el sentir es cierto movimiento (De an. I. 3, t. 28) (3).

(1) La infinita virtud divina (debe suplirse aquí). Sin tiempo, esto es, en un instante, que no es propiamente tiempo sino un término del tiempo.

(2) El Concilio de Trento (ses. 6, can. 4) «anatematiza á quien dijere que el libre albedrío del hombre movido y escitado por Dios en nada coopera asintiendo á la escitación de Dios», lo cual le eximiría de toda responsabilidad y haría imputables á Dios las malas acciones del hombre según la blasfema pretensión de Calvino (v. pág. 182, n. 1); y el Papa Celestino I había dicho (Ep. ad episc. Gallie): «todo pensamiento santo y todo movimiento de pia voluntad provienen de Dios». Dios pues mueve al hombre en su entendimiento y voluntad y en todo su ser; pero muévelo según su naturaleza humana, es decir, dejando á salvo su libertad. V. C. 19,

Mas el principio suficiente del entender es la luz inteligible comunicada al entendimiento. Luego no es movido por otro.

3.º Así como el sentido es movido por lo sensible, así el entendimiento lo es por lo inteligible. Pero Dios no es inteligible á nosotros, sino que escede á nuestro entendimiento. Luego Dios no puede moverle.

Por el contrario: el que enseña, mueve el entendimiento del que aprende; y Dios enseña al hombre la ciencia (Ps. 93, 10) (4). Luego Dios mueve el entendimiento del hombre.

Conclusion. Dios mueve el entendimiento creado, ya dándole virtud natural ó gratuita para entender, ya imprimiendo en él especies inteligibles; y conserva una y otra en su ser.

Responderémos que, así como en los movimientos corporales recibe el nombre de motor lo que da la forma, que es el principio del movimiento; igualmente se dice mover el entendimiento lo que produce la forma, que es el principio de la operación intelectual llamada movimiento del entendimiento. En el ser inteligente hay un doble principio de operación intelectual: uno que es la misma facultad intelectual, cuyo principio existe también en potencia en el ser inteligente; y el otro es el principio del entender en acto, es decir, la semejanza de la cosa entendida en el inteligente. Se dice pues que algo mueve el entendimiento, ya dando al inteligente virtud para entender, ya imprimiéndole la semejanza de la cosa entendida. De uno y otro modo Dios mueve el entendimiento creado, por cuanto él es el mismo primer ente inmaterial; y, como la intelectualidad es consecuencia de la inmaterialidad, síguese que Dios es el primer ser inteligente. Por consiguiente, como todo lo que es primero en cualquier

a. 8, y n. 2 de la pág. 181; C. 22, a. 4, y las notas á este último, pág. 208 y 209, íntimamente relacionadas con la promoción física, materia delicadísima y escabrosa, sobre la que median entre las escuelas católicas controversias tan importantes como intrincadas acerca de la predestinación (C. 23) y la gracia eficaz (1.º 2.º, C. 112).

(3) Habla allí de dos movimientos, que conviene tener muy en cuenta: uno imperfecto y en potencia para conseguir la perfección aún no habida; otro perfecto, por el que se ha obtenido ya de hecho, que es el que atribuye al sentido y al entendimiento y el aludido aquí.

(4) San Gregorio (Hom. 30 in Ev.) llama maestro interior al Espíritu Santo, refiriéndose á aquellas palabras del Salvador (Joan. 14, 26): «él os enseñará todas las cosas».

ARTÍCULO IV. — **Puede Dios mover la voluntad creada?** (4)

1.º Parece que Dios no puede mover la voluntad creada: porque todo lo que es movido por agente extraño, sufre coacción; y la voluntad no puede sufrirla. Luego no es movida por algo estrínseco, ni en consecuencia puede serlo por Dios.

2.º Dios no puede hacer que las cosas contradictorias sean verdaderas simultáneamente: mas esto sucedería, si moviese la voluntad; porque moverse voluntariamente es moverse por sí, y no por otro. Luego Dios no puede mover la voluntad.

3.º El movimiento se atribuye más bien al motor que al móvil; por esta razón el homicidio no se atribuye á la piedra, sino al que la tira. Si pues Dios mueve la voluntad, síguese que las obras voluntarias no se imputarán al hombre á mérito ó demérito. Pero esto es falso: luego Dios no mueve la voluntad.

Por el contrario, dice San Pablo (Philip. 2, 13): Dios es quien obra en nosotros el querer y el ejecutar (5).

Conclusion. Es propio de Dios mover la voluntad, ya como objeto movido, ya como dándole la virtud de querer, pero principalmente de este segundo modo, ó sea, inclinándola interiormente.

Responderémos que, así como el entendimiento según lo dicho (a. 3) es movido por el objeto y por el que le ha dado la virtud de entender; así la voluntad es movida por el objeto, que es lo bueno, y por el que produce la virtud de querer. Mas la voluntad puede ser movida, como por su objeto, por cualquier bien: pero no de un modo suficiente y eficaz, sino por Dios; puesto que nada

orden, es la causa de las cosas que se siguen; infiérese que de él procede toda virtud de entender. Del mismo modo, siendo Dios el primer ser y preexistiendo en él como en su primera causa todos los entes, es preciso que existan en él inteligiblemente según su manera de ser: porque, así como todas las razones inteligibles de las cosas existen primeramente en Dios, y de él se derivan á otros entendimientos, para que entiendan en acto; así también se deriva á las criaturas, para que subsistan.

Así pues, Dios mueve el entendimiento creado, en cuanto le da virtud para entender, ya natural, ya gratuita (1), y en cuanto le imprime especies inteligibles, sosteniendo además aquella y estas y conservándolas en su ser (2).

Al argumento 1.º dirémos, que la operación intelectual emana efectivamente del entendimiento, en que reside, como de segunda causa; pero de Dios como de causa primera, pues él es quien da al inteligente el que pueda entender.

Al 2.º que la luz intelectual en unión con la semejanza del objeto entendido es suficiente principio del entender, si bien secundario y dependiente del mismo primer principio.

Al 3.º que lo inteligible mueve nuestro entendimiento, en razón á que le imprime en cierto modo su semejanza, por la que puede ser entendido. Pero las semejanzas, que Dios imprime en el entendimiento creado, no bastan para conocer á Dios por esencia, como se ha dicho (C. 56, a. 3). Luego mueve el entendimiento creado, sin embargo de no ser para él inteligible, según lo espuesto (C. 12, a. 2) (3).

(1) Superadditam, sobreañadida á la naturaleza, sobrenatural, de gracia.

(2) Puede verse más explícitamente desarrollado este mismo pensamiento en la 1.ª-2.ª C. 109, a. 2.

(3) V. pág. 80, n. 5.

(4) Maimónides, ya repetidas veces citado (pág. 109, n. 3, y pág. 204, n. 3), sostenía que, «aunque la voluntad puede ser movida por Dios, jamás lo es de hecho»; y Teodoro de Mopsuest, exagerando hasta la impiedad más blasfema el estremo contrario, decía que «Dios enseñó á pecar é introdujo la muerte», error reproducido despues por Calvino y sus secuaces, como ya dejamos también consignado más de una vez (pág. 182, n. 1; 210, n. 2; 213, n. 4; y 225, n. 2): errores heréticos anatematizados más ó menos directamente por los concilios 5.º de Constantinopla, que condenó personalmente al citado Teodoro y sus escritos, y por el de Milev (en la Numidia) confirmado por Inocencio I y el de Orange,

también citado ya, como abiertamente contrarios á la doctrina católica, ya anteriormente consignada por Celestino I (Epist. ad episc. Gall.), y á multitud de testimonios bíblicos (Philip. 3, 13; Gen. 33, 4; Act. 9, 4...); y en los que incurrieron asimismo los herejes trinitarios, haciendo á Dios (con Teodoro y Calvino) autor del pecado, en el hecho de declararle «causa» de todos nuestros actos y de cualesquiera circunstancias de «los mismos sin escepcion». Véase la nota 3, pág. 830. Dios mueve en efecto nuestra voluntad, dándole el querer y el obrar, é induciéndola al bien, salvo siempre el libre albedrío, que á su vez deja á salvo la responsabilidad de Dios en nuestro mal obrar, sin disminuir en lo más mínimo su causalidad aún eficiente respecto de todas nuestras buenas obras, afectos y pensamientos.

(5) Pelagio negaba toda necesidad de auxilio divino para la práctica del bien. V. pág. 175, n. 2; y pág. 216, n. 2.